

destaca su novedad. «Martí –escribe– ante todo se afirma ya como americano, partidario de la valoración de *su* América por los autóctonos, y como demócrata, convencido de que no hay progreso económico satisfactorio y equilibrado en tanto la masa de la nación se mantenga al margen del movimiento de producción moderno».

La segunda parte muestra a un analista seducido por las ideas y prácticas sociales del intelectual cubano. Deliberadamente, el capítulo está definido por un tema habitual en la obra martiana: la defensa de los desheredados. En palabras de Estrade, «su condición asumida de hermano de todos los hombres le hace sensible a la injusticia en todas sus formas; su condición de revolucionario radical –que va a la raíz de las cosas, como él mismo señala– le hace buscar en la historia y la estructura de la sociedad las causas generales de la injusticia, para que, una vez que se conozcan, se esclarezcan los medios para extirparla».

*Sus ideas y su acción políticas* es el rótulo dado a la tercera y última parte, cuyas páginas brindan un estudio del proceso independentista y exponen con amplitud de registros la propuesta democrática de José Martí. Dispuesto a probar los argumentos que validan la poderosa sugestión de su biografiado, Estrade arriesga una etiqueta más: «La política no es según Martí un entretenimiento para ociosos ni un medio de

alcanzar el éxito para intrigantes; es una ocupación noble, una misión desinteresada».

**Multiculturalismo y pluralismo**, León Olivé, Paidós, Barcelona, 1999, 244 pp.

Dentro del marco globalizador –que hoy define sus coordenadas de acuerdo con los movimientos transfronterizos de capital, la homogeneizadora ubicuidad de los medios masivos y el dominio entrecruzado de Internet–, el flujo turbulento e impredecible de variaciones socioeconómicas parece dar la razón a ciertos teóricos de la complejidad, curtidos en el estudio de la dinámica caótica. No obstante, aún son numerosos los analistas que pretenden resolver la ecuación como si ésta fuese lineal: aplicando fórmulas con las cuales predecir los comportamientos sociales –la cultura es un conjunto trabado– y las regularidades financieras que, al menos en apariencia, fijan el orden subyacente del moderno mercado global.

Ante la nueva coyuntura, se suceden las estrategias de análisis, generadoras de múltiples definiciones y teorías, en cuya contrastación se emplean politólogos, economistas, sociólogos e incluso diletantes de las ciencias humanas. La generosa delimitación del campo y un nivel

interpretativo muy escalonado favorecen ese interés editorial que puede advertir quien se aproxime a esta variedad de literatura crítica. Acudiendo a la lista reciente de novedades, podemos citar monografías tan interesantes como *El retorno de la economía de la depresión* (Crítica, 2000), de Paul Krugman; *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global* (Paidós, 2000), de John Gray; y *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización* (Crítica, 2000), de Edward Luttwak. Con un instrumental de análisis aportado por la economía, estos ensayos enfocan el objeto de estudio desde la perspectiva financiera, institucional y política, desatendiendo otros dilemas ético-filosóficos (el derecho a la diferencia) y actitudes de conducta (las expectativas y respuestas adaptativas del sistema social) que sí puntualiza León Olivé en *Multiculturalismo y pluralismo*. Del autor, investigador de filosofía en la UNAM, recordamos su tarea de compilador en el volumen *Ética y diversidad cultural* (FCE, 1993), antecedente de esta monografía donde ha reformado con criterio unificador materiales previamente publicados.

En el libro hay muchas referencias a un fenómeno crucial: la globalización no ha conseguido eliminar la diversidad cultural, pero podría lograrlo. Como es evidente, la polisemia de signos en que se

codifica lo social permite dos interpretaciones opuestas del trayecto: o bien se trata de la imposición creciente de una cultura única, o bien, según las palabras de Olivé, nos referimos a «la construcción de una sociedad planetaria en la que participan las diversas culturas del mundo, en un proceso en el que cada una enriquezca a la sociedad global y al mismo tiempo se beneficie del intercambio y de la cooperación con las otras». Esta primera dicotomía, ya conocida, induce a situar la reflexión en un nivel más denso, y por ello el autor se ahorra argumentaciones trilladas y busca el acento interdisciplinar para traducir y cimentar en firme cada deriva del problema.

Es claro, como dice Masotta, que a un objeto en desvío sólo puede contestarse con un método oblicuo, y León Olivé no parece ser hostil a este criterio, pues adopta en su ensayo una perspectiva movediza, nutrida en diversas fuentes del saber, desde la filosofía hasta la antropología social. Con esas miras que alternan la proximidad y la distancia, el autor estudia los factores cardinales de la globalización y el multiculturalismo, desglosa el polisémico concepto de cultura y plantea una crítica paralela del absolutismo y el relativismo. A la sombra de estas referencias cabe dar con el programa que desata el nudo de la obra: las condiciones para una verdadera política multicultural, todo

un andamiaje que contribuye a potenciar el permanente registro del diálogo y la convivencia en el mundo contemporáneo.

**Los fuegos del Sacramento**, Alejandro Paternain, Alfaguara, Madrid, 2000, 279 pp.

Hay en la nutrida obra de Alejandro Paternain (Montevideo, 1933) un interés preciso por la llamada novela histórica, género sin límites claros, a través del cual se definen varias de las creaciones más notables de este escritor, entre ellas *Señor de la niebla* (1993), *La ciudad de los milagros* (1995) y *La cacería* (1999). Sería superfluo hacer crítica de la citada clasificación en estas líneas: sin duda el lector sabe discernir qué detalles adornan la literatura con decorado histórico. Por este camino, afloran las reminiscencias de Hugo y Scott, urgidas por un mercado literario que aún aprovecha su perdurable influjo, sin otra ley que la de una fingida verosimilitud. Por lo demás, la fórmula que promulga este modelo novelesco ya fue determinada por Marguerite Yourcenar, para quien aprehender literariamente el pasado significa «reconstruir desde dentro lo que los arqueólogos del siglo XIX han hecho desde

fuera». En otro pasaje menos ambicioso, Alejandro Dumas argumenta el necesario anacronismo del proyecto: «Ya sé que violo a menudo la historia, pero le engendro hijos muy interesantes».

En esta llamada del pasado, al ciclo se acaba de agregar *Los fuegos del Sacramento*, y el examen de este libro demuestra que Paternain sabe plegarse a los asuntos de la historiografía con eficacia de estilo y habilidad en la composición. Sin duda, sus más gratos capítulos también acreditan un minucioso acopio documental, guiado por la exigencia de fidelidad al episodio en el cual se origina la trama: el establecimiento portugués en la desembocadura del río de La Plata, durante el verano de 1680.

Considerado como informe de una aventura, dicho episodio es muy apto para sugerir las más violentas pasiones. Complaciéndose en los detalles humanos del drama, un superviviente de la peripecia conquistadora nos relata, ya en su vejez, las circunstancias del desembarco luso y cómo la ejecución de esa campaña trajo consigo la respuesta guerrera de españoles y guaraníes, dispuestos a sitiar la Colonia del Sacramento y tomar por la fuerza los bienes que imaginaban tras la empalizada.

Más allá de la circunstancia épica y de sus turbulencias, Paternain nos ofrece el relato de un hombre que, curtido por el desencanto y la sole-

dad, vive en la memoria de sus dos únicos amores: la cálida Joanna, esposa de un capitán de caballería, e Irene, una muchacha en su esplendor. En este costado romántico, la confusión de lo extraordinario con lo real está graduada con habilidad, aunque el autor no termina de indagar con finura en la psicología de los personajes, sobre todo durante el último acto de la tragedia, cuando ha de explicarse el derrumbe íntimo del protagonista. En todo caso, se trata de una omisión venial, dado que la pieza es consecuente con la doctrina moderna del género, de gran atractivo popular: verbigracia, memoria de hechos olvidados, pintura de costumbres, dificultades que llamaremos heroicas, plasticidad escénica y tensiones melodramáticas a la medida del lance.

### Guzmán Urrero Peña

**El tapiz**, Ferdinand Oziel, Ed. de Mercedes Roffé, Buenos Aires, Ediciones Tierra Baldía, 1983, 63 pp.

Sólo el misterio nos permite poner en juego todos los resortes de la sugerencia, esto quizás es lo que ocasiona que las obras mutiladas provoquen en el alma del observador atento una acuidad de sensaciones que le permiten recomponer en su adentro el panorama de un paisaje fragmentado con mayor intensidad y certeza de la que podría reve-

larle su total apreciación. Así lo entiende Mercedes Roffé al ocultar su nombre y su palabra en el tapiz, libro de bocetos pictóricos escrito supuestamente por Ferdinand Oziel, pintor decadentista francés cuya obra proscrita y mutilada por los lectores de la moral de su tiempo habría llegado tras una accidentada saga hasta nosotros.

Escrito y publicado durante los años de la dictadura militar argentina (1976-1983) *El tapiz* se vio obligado a camuflar sus imágenes tras la figura apócrifa del pintor francés para dejarnos vislumbrar, tras un ambiente voluptuoso de metales y pedrería, la máquina de horror y de tortura que cubrió de sangrientas mutilaciones el cuerpo social de la nación austral.

Encabezado por la escena fundacional de una monja loca que borda sus hábitos desgarrados en honor de la prostitución, *El tapiz*, que teje con sus versos la poeta argentina, nos lleva por medio de una serie de imágenes fragmentadas del lejano Japón a la América precolombina pasando por el barroco español, el Oriente medio y la Francia finisecular a parajes de dolorosa intensidad en los que el lujo y sensualismo de pulseras y joyas se une al dolor y la enfermedad en una confusa mezcla de lirismo y corrupción en la que, sin embargo, la monja loca que representa a Roffé nos permite vislumbrar, como el legendario héroe troyano en el escudo de su casa, los